

Marisol, una historia en Malvinas – Prof. Gustavo Peretti

Marisol protagoniza una de las tantas historias de mujeres chilenas migrantes que habita Malvinas. Una de las tantas que en el contexto de las decisiones tomadas en el seno de la familia deciden dejar su chacra, que aún poseen como propiedad en Punta Arenas, y se traslada junto a su marido y sus dos hijas. Es una de las tantas historias de migrantes que hace poco más de diez años habita el suelo de unas islas “demasiado famosas” a decir de Jorge Luis Borges, unas islas donde en 1982 López y Ward se vieron una sola vez cara a cara, y aunque en otra situación hubieran sido amigos cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel.

Los relatos de Marisol permiten dimensionar el carácter único que adquiere el fenómeno migratorio, donde más allá de determinadas regularidades que nos empeñamos en buscar para intentar comprenderlo, explicarlo y justificarlo; existe un plano individual donde la decisión de dejar su lugar y las experiencias en la construcción de otro lugar que le sea propio lo convierten en particular e intransferible.

Marisol trabaja durante las mañanas en el PaddockHouse, una casa que administra un coterráneo suyo para alquiler de turistas. Al levantarnos con Mariano luego de la primera noche que pasamos en Stanley, fuimos a la planta baja a la espera del desayuno. Nos sentamos, miramos durante unos minutos por la ventana la furia del viento, las espesas nubes de color gris y en el fondo la bahía también gris, y sin decir nada con la mirada nos preguntamos cómo alguien puede vivir en un lugar tan aislado, tan distante, tan inhóspito, de tan pocos colores. Esperamos sentados un rato y como nadie venía, fuimos a la cocina que queda de manera contigua y comenzamos a ver si podríamos prepararnos el desayuno. Al instante ingresa una mujer de baja estatura, con pelo lacio y de unos cuarenta y pico de años; nos dice goodmorning y nos mira fijo como diciéndonos: “acá no tienen nada que hacer”. Nos fuimos entonces a la sala y al rato ingresa para preguntarnos si queríamos un desayuno continental o americano. Luego se sentó en nuestra misma mesa una pareja de Buenos Aires y en la contigua tres jóvenes portugueses que estaban hospedados en otro sector de la casa. Al terminar el desayuno quedamos solos en la casa y ante nuestra pregunta si conocía la cotización de la libra en relación al dólar, busca el teléfono y habla con una persona del (único) banco. El tono coloquial de la conversación denota que se trata de una persona de su entorno íntimo. Luego nos dijo que hablaba con Karina, su hija. En ese momento, supusimos que Marisol podría convertirse en una referente importante al momento de analizar la presencia de chilenos en Malvinas. Por prudencia no preguntamos más y le dijimos que saldríamos a caminar las calles de Stanley porque eso lo requería un proyecto de investigación que estábamos llevando a cabo.

Al día siguiente nos preguntó de manera distante pero amable cómo había sido nuestro día. Luego de comentarle que debido a las bajas temperaturas, al viento persistente y a las esporádicas pero continuas lluvias habíamos adelantado el regreso. No cuenta que el tiempo había estado similar durante el fin de semana anterior oportunidad en la cual la había visitado su esposo. Ahí comenzó de manera sutil nuestro interrogatorio. Nos contó que hacía unos diez años a su esposo le había ofrecido, un capataz de una estancia de Puerto San Carlos ubicada en el extremo occidental de la isla Soledad o Falkland East, trabajar en la misma para realizar tareas rurales.

Evaluaron la conveniencia económica y migraron junto a Karina que tenía catorce años y a su otra hija de ocho años. Las niñas quedaron pupilas en un establecimiento educativo de Stanley y Marisol junto a su esposo en la estancia. A los pocos días de estar en la estancia, el capataz comenta que pronto llegaría la comparsa para realizar la esquila y que necesitaría una mujer para la concina, a quien se le pagarían 800 libras mensuales, a lo que su esposo sin dudarlo ni consultar responde: “mi esposa cocina muy bien”. Marisol no sabía casi cocinar pero ante la conformidad del ofrecimiento por parte del capataz no tuvo otra opción que aceptar. Nos cuenta además que el tipo de comida era diferente al que estaba acostumbrada en Arenas, ya que el desayuno debía contener muchas proteínas. Karina le compra en Stanley un libro de cocina, siendo este seguramente uno de los primeros textos en inglés que leyó. La conversación se interrumpe cuando llega un chofer de una combi que buscaba al matrimonio de Buenos Aires para realizar una excursión. Ante algunas consultas nuestras sobre tarifas, Marisol improvisa una traducción entre el chofer kelpers que hablaba un inglés británico muy cerrado y nosotros.

Es casi la una del mediodía y comenzamos a preparar el almuerzo en base de arroz. Ella se acerca y nos comienza a decir que nos conviene prepararlo de otra forma para que sea más sabroso. Mientras Mariano seguía con atención las indicaciones, comencé a indagar sobre el motivo por el cual ella estaba radicada en Stanley y su esposo a cien kilómetros de distancia. Nos cuenta que cuando su segunda hija terminó sus estudios secundarios a los dieciséis años, por lo cual no podía continuar como pupila en el establecimiento escolar, con el esposo decidieron que sería conveniente que ella se trasladase a Stanley y que alquile una casa para vivir con su hija menor, ya que temían que luego se dedique al alcohol como lo hacen muchos jóvenes. Esto sucedió hace dos años y vive ahora a unas dos cuadras del Paddock House. Esta situación seguramente no se dio cuando terminó sus estudios Karina, su hija mayor, porque según nos comentó estaba pololeando con un kelpers con quien ahora está casada y tienen una pequeña hija. El almuerzo estaba listo y casi habíamos podido reconstruir gran parte de los lazos interpersonales tejidos por esta familia desde su permanencia en Malvinas.

Otro día mientras tomábamos un vino sudafricano adquirido el día anterior en el supermercado del centro atendido mayoritariamente por santahelenos, chilenos y orientales; Marisol, que instantes antes se había negado a probarlo, nos comenta sobre la fuerte presencia del alcohol en Stanley. Luego le preguntamos si se siente integrada a la sociedad de la Isla, a lo cual nos responde afirmativamente, dando como uno de los argumentos la religión que profesa, Testigo de Jehová, lo que hace que el templo represente para ella un ámbito de socialización importante. Como a colación, nos comenta que al nacer su nieta, su yerno quería que aprendiese sólo inglés, aunque luego cambió de postura porque en uno de los últimos cambios curriculares del sistema educativo de las Falkland figura la obligatoriedad del aprendizaje del español. Nos comenta además su anhelo de que su hija menor contraiga pareja para poder volver con su marido a San Carlos y que cuando se jubile pasar sus últimos años en Punta Arena, y adquirir otra chacra con los ahorros efectuados a lo largo de esta etapa.

Durante la semana hemos escuchado muchas historias, y fundamentalmente su historia, con anécdotas de una gran riqueza de datos que contribuyeron a que pudiéramos comprender lo que

significa vivir en ese pequeño y remoto territorio. Al finalizar la estadía y ante las promesas de regreso, Marisol nos pregunta: “¿les sirvió todo lo que les conté?. Nos dimos cuenta que desde el primer momento había entendido que ella sería la informante clave de nuestras indagaciones. Mientras la traffic nos lleva al aeropuerto internacional de Mont Pleasant, con la mirada fija que se posa en la unión de dos planos grises, justo en el lugar de encuentro de las lomadas de pobre vegetación con un cielo plomizo, me pregunto sobre cuántas historias similares habrán sucedido, se estarán dando y acontecerán en estas islas tan comentadas pero poco conocidas. Me pregunto si a todas las Karinas y a sus hijas, como así también a los nietos y biznietos que tendrá los seguiremos llamando usurpadores o implantados. Me pregunto también cuántas historias similares de argentinas se podrían estar dando si no hubiese mediado la locura de la guerra.